Advertencias Importantes

A LOS SRES. DIRECTORES.

SE RUEGA A LAS CONFERENCIAS:

1.º Que teniendo presente, que el fin principal de las Conferencias de Señoras de S. Vicente de Paul, es el socorro de enfermos pobres, debe procurarse de preferencia manifestar en los *estados* todo cuanto se refiere á esta obra especial de caridad, expresando el estado material de los Hospitales y el método de asistencia en ellos á los enfermos, donde haya estas meritísimas obras; ó bien el modo de asistencia á los acogidos á domicilio. Después los actos religiosos que conservan y fomentan el espíritu de caridad. así como las demás obras, del modo que se han especificado siempre en el *estado.*

2.º Que remitan los informes de todo el año, sin esperar excitativa, en los primeros 15 días de junio, ó á lo más al fin del mismo mes, para que haya tiempo de preparar, como es debido, la Memoria general que ha de imprimirse y leerse en la Asamblea del día 19 de julio.

3.º Que no se omita en los informes anuales la designación de los nombres de las dignatarias que componen la Mesa, para consignarlos en la Memoria.

4.º Que la remisión de informes, y toda especie de comunicaciones, se haga domiciliando las cartas al Sr. Director Chantre Dr. Don Luis Silva, Zaragoza 2½—Sra. Doña Antonia Corcuera de Moreno, Avenida Corona núm. 207.—Sr. Lic. D. Pablo Reyes, Avenida Alcalde núm. 191.

INFORME

DEL CONSEJO CENTRAL ARQUIDIOCESANO

DE LAS

CONFERENCIAS DE SEÑORAS

DE

San Vicente de Paul,

CORRESPONDIENTE AL AÑO CARITATIVO

DE 1910 A 1911.

MORELIA.

TALLERES TIPOGRAFICOS DE AGUSTIN MARTINEZ MIER.

1911.

INFORME

DEL CONSEJO CENTRAL ARQUIDIOCESANO

DE LAS

CONFERENCIAS DE SEÑORAS

DE

San Vicente de Paul,

CORRESPONDIENTE AL AÑO CARITATIVO

DE 1910 A 1911.

MORELIA.

TALLERES TIPOGRAFICOS DE AGUSTIN MARTINEZ MIER.

1911.

CONFERENCIA

DADA POR EL M. I. SR. VICARIO CAPITULAR DEAN

LIC. D. LORENZO OLACIREGUI,

EN LA SOLEMNE ASAMBLEA DEL CONSEJO.

SEÑORAS:

DOS motivos expongo ante vosotros, para pediros que me escucheis con benévola atención: que me voy á ocupar de los pobres, tan amados de vosotras y por los cuales habeis mostrado siempre noble y pública predilección ante esta cristiana sociedad; y que casi no serán mias las frases que llevaré á vuestros oidos, sino de la Escritura Sagrada y de los Santos Padres. A mí solo pertenecen, con todos sus defectos, la elección y el urdimiento. Qué rica se muestra la Providencia de Dios en la conservación y en el sustento de todas sus criaturas; no se

olvida de ninguna de éllas, hasta á las pequeñitas va á buscar en el apartado lugar donde se hallan, tan apartado, que quizá sólo de Dios es conocido; y allí les prodiga sus paternales cuidados, con mayor ternura que una madre al pequeñuelo que tiene recostado en su seno. Nadie ha conocido, ni conocerá jamás los términos de la Creación; se dilata hacía arriba y hacía abajo, en medida inconmensurable. Pero para la Divina Providencia nada se encuentra lejos, todas éllas se hallan sobre sus manos y bajo la mirada paternal de Dios, para abrazarlas en su amor y sostenerlas con su poder. Y notad, Señoras, que esos solícitos cuidados los dispensa el Señor inmediatamente, sin valerse de intermedio alguno, pareciendo esto una exigencia de su amor. No dudo que se presente ante vuestra atónita consideración, como se ofrece á la mia, el que haga una excepción al tratarse del hombre, es decir, con el ser más privilegiado de la creación visible, con el ser que desde el día de su presentación en la tierra, se le ciñó la frente con la corona de soberano, con el ser á quien se ha concedido la sublime prerrogativa de ostentar la imagen inmortal del Rey de los siglos. Ve Dios las múltiples necesidades de los hombres, y ha determinado no socorrerlas, sino por conducto y mediación de los hombres, y quiere asociarse con los hombres en el ejercicio de su liberalidad, y los coloca Dios entre él y los necesitados, y los ha constituido como una nube fecunda, pronta á descargar su rocío bienhechor sobre los menesterosos sus semejantes.

Y no os imagineis que esa conducta, extraña á primera vista, que Dios guarda para atender á las necesidades humanas, sea indicio de debilidad, ó de falta de amor por los hombres. No, Señoras, os lo protesto con el mayor convencimiento de que soy capaz, no hay en ello sino una muestra mayor, si es posible, de amor y de poder para con los hombres. Asociarlos en el ejercicio de su misericordia, es prodigio de misericordia y un honor altísimo que dispensa al hombre; es constituir un ministerio y un sacerdocio de su misericordia, y confiárselo al hombre, para que sea el dispensador de las bondades y misericordias divinas.

Levantaos más alto en la consideración de esta verdad. Era necesario proporcionar á todos, ricos y pobres, medios para salvarse. Corromperian las riquezas el corazón, si la caridad no expiase el mal uso de ellas; y la pobreza haría imposible, ó muy dificil la virtud, si los auxilios de la caridad no endulzasen su amargura. En este orden de la Providencia, los pobres facilitan á los ricos el perdón del mal uso de sus riquezas; y los ricos con sus larguezas, animan á los pobres á no perder el mérito de sus sufrimientos.

Un hombre de gran ingenio, Pascal, dijo: «amo la pobreza porque Jesucristo la ha amado, y amo la riqueza porque da los medios de asistir á los necesitados.» Ved aquí bien comprendida la sublime doctrina de Jesucristo: riqueza y pobreza, dos elementos muy contrarios, destinados, á pesar de ello, á producir la armonía del mundo moral; dos suertes de hombres muy diferentes, más las dos, sin embargo, providenciales, las dos buenas y amables.

La pobreza es amable porque es amada de Dios; porque fué leal compañera de su vida y de su muerte, y porque con esa alianza quedó bendita, santificada y colmada de honores. Jesucristo fué pobre, Jesucristo fué un obrero, Jesucristo lloró, sufrió toda su vida, buscó á los pobres, y los amó de preferencia: éllos fueron los primeros á quienes prometió su reino, y les ofreció compensarles sus humillaciones con la gloria, su indigencia, con los tesoros celestiales y sus lágrimas con la felicidad del cielo.

Después de tan hermoso patrimonio, ¿qué queda para los ricos de este mundo? ¡Ah! todos los bienes prometidos á los pobres, con tal de que acá en la tierra se hagan sus hermanos y sus amigos. Con esta condición, perderá desde luego sus riesgos; porque ella es en si buena, pero

peligrosa: fecuentemente es lazo en que caen las almas; ocasiona la fiebre del orgullo, endurece el corazón, engendra el olvido de Dios, y hace tan dificil el camino del cielo, que el santo Evangelio tiene, sobre este asunto, anatemas que aterrorizan. Pues bien, hay un medio de apartar el mortífero veneno y el fatal encanto del oro: es dar á los pobres. La limosna es, Señoras, el bautismo de la riqueza; como aquel leño bendito, que en el desierto fué arrojado á las aguas malsanas y las convirtió en saludables, así la santa limosna convierte las riquezas en dulces y bienhechoras. Si habeis usado hasta aquí mal de las riquezas, si vuestra alma se ha apegado demasiado á la tierra y habeis perdido el hábito de levantar los ojos al cielo, socorred á los pobres. La limosna cura y perdona; el pobre llora por vosotros, por vosotros sufrirá, y con sus dolores comprará para vosotros el arrepentimiento y la misericordia.

En medio de los afanes inseparables que traé consigo el cuidado de los bienes de fortuna, tal vez orais poco y mal, tomad prestada el alma del pobre, depositad en su seno la limosna; será como una voz amiga y muy amada de Dios, que le hablará de vosotras, será como una oración santa que ni de día ni noche se interumpa. Saludable y maravilloso cambio es el que un santo obispo aconsejaba á los ricos de su tiempo. Dar, les decía, es enrriquecerse. El pobre es una casa, es el arca santa que lleva la dicha; Dios entra con él y viene á sentarse en nuestro hogar, y Dios sabe pagar siempre bien la hospitalidad que se le da.

Jesucristo para empeñarnos mas en amar y socorrer á los pobres, nos declara que lo que hagamos por ellos, lo hacemos por la persona de Jesucristo. Este es el gran misterio de la caridad cristiana, misterio que nos ofrece como una nueva Eucaristía, en la que nosotros alimentamos á Dios en la persona de los pobres, así como Dios nos alimenta de sí mismo bajo las especies sacramentales. En el seno del cristianismo el pobre es un ser superior, y su

eminente dignidad es uno de los primeros artículos del símbolo de la caridad. El que ha dicho: «Este es mi cuerpo, esta es mi sangre,» ha dicho también: «Todas las veces que hubiereis socorrido al más pequeño de mis hermanos, á Mi es á quien habeis socorrido.»

Dichoso el pobre, porque desde el tiempo de Jesucristo ha venido á ser algo de grande y sagrado. Desde que Dios bajó á la tierra, hizó sociedad con los pobres. ¡Ah! después de esa alianza adorable, después que el Señor ha venido al mundo sin tener una cuna en que descansar, sin tener durante su vida en qué reclinar su cabeza, ni un denario para pagar el tributo, ni un sudario en que envolver su cuerpo, el pobre se ha transfigurado, el pobre no es ya un hombre cualquiera. Jesucristo y el pobre, ved aquí dos seres inseparables; y los santos Padres no temen decir, que hay en la Iglesia como un octavo eacramento, *el sacramento del pobre*.

Señoras que me escuchais, ¿no os parece ser inecesarios los esfuerzos que vengo haciendo para levantar á vuestros ojos la persona del pobre, y que debiera haberme atenido á un argumento que se halla á nuestra vista? Yo apelo á vuestro solemne testimonio. Reveladme, Señoras, ¿qué misterioso é irresistible atractivo os conduce á la miserable choza del pobre? ¿qué secreto impulso os lanza á buscarlo y á no descansar hasta encontrarlo, hasta acercaos á él, comunicaros con él, informaros de sus dolorosas penas, y no abandonarlo, sino después de derramar en sus llagas la tierna compasión de vuestra alma, las dulces palabras de vuestros labios y la bendita limosna de vuestras manos? Yo miro penetrar en el ignorado tugurio del pobre, á la noble dama de edad madura, á la joven doncella y á la tierna niña, que aún no traspasa los dias de la inocencia; yo veo por ese mismo camino á la acaudalada señora y á la honrada obrera, que tiene por único patrimonio el modesto fruto de su manual trabajo. ¿Qué fuerza

común impele á esa humana corriente? Es la fuerza de la fé, que les ha descubierto que en sus hermanos los pequeños está oculto Jesucristo; es la fuerza de la esperanza, que les asegura que la limosna del corazón y la limosna material tienen por premio todo un cielo, es la fuerza de la caridad, fuerza soberana, que busca con sublimes ansias al objeto de su amor, y corre hasta encontrarlo y abrazarse con él. ¡Hijas del glorioso San Vicente, Padre de los pobres, Fundador de la maravillosa y hermosa sociedad de las Conferencias, que llevan su nombre, yo os felicito con toda mi alma! Seguid vuestro camino, atraed con vuestro ejemplo á todas las que amen ó gusten de amar á Jesucristo, y hagamos fervientes votos por que vuestras Conferencias se desarrollen siquiera en la misma proporción con que se han multiplicado en estos tiempos todas las miserias. Así sea.

INFORME

DEL CONSEJO CENTRAL ARQUIDIOCESANO DE LAS CONFERENCIAS DE SEÑORAS DE SAN VICENTE DE PAUL, CORRESPONDIENTE AL AÑO ECONOMICO CARITATIVO DE 1910 A 1911.

—:—

CONSEJO CENTRAL.

Este Consejo ha tenido que lamentar una gran perdida, la del Ilmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo Dr. Don Atenógenes Silva, su dignísimo Director, que murió piadosamente en la ciudad de Guadalajara el Domingo 26 de Febrero del año en curso. El Ilmo. Sr. Silva, infatigable apostol de la caridad, fundó la última de las 4 Conferencias de la ciudad, la Conferencia del Sagrado Corazón el día 1º de Enero de 1901, como un monumento vivo de piedad y de amor á Cristo Rey de los siglos. Cuatro años después, el 15 de Enero de 1905, el Ilmo. Sr. Arzobispo se dignaba tomar la presidencia de este Consejo, con la cooperación de los Señores Canónigos, Deán Lic. Don Julián M. Veles (q. e. p. d.) y